

granaje textual rotatorio muy original, a base de la juntura de los fragmentos monologales del protagonista con fragmentos extrapolados de obras literarias de otros autores e injertados en el texto. Al final del capítulo, Rubén revela el artificio: «(Arthur Adamov, Vicente Aleixandre, Aristófanes, Fernando Arrabal, Jorge Luis Borges, Albert Camus, Camilo José Cela y Julio Cortázar... Ellos me han ayudado)». Éste supone algo más que un homenaje a este racimo de autores directos al narrador; constituye un poner la tradición literaria al servicio de las necesidades expresivas del relato, no celándola insidiosamente, por un vano prurito de originalidad, a los ojos de un lector cultivado, sino reconociendo su débito en un alarde de saludable sinceridad. Por último, el capítulo V sabe provocar en nosotros el mismo efecto sorpresivo que el célebre cuento de otro ilustre narrador vinculado a Murcia. Me refiero al «ejemplo» XI del *Conde Lucanor*, de don Juan Manuel, aquél en que narra «lo que contesció a un deán de Santiago con don Yllán, el grand maestro de Toledo». Rubén nos cuenta cómo toma el tren y llega hasta su pueblo natal, en busca de su amada. Allí tiene lugar por fin el tan añorado encuentro con Reina María. Pero éste que creíamos auténtico relato de hechos realmente acaecidos no es más que el producto febril de la imaginación narcisista del protagonista. Y en la líneas finales se tronza el decurso de los hechos expuestos, quedándonos un dejo de irónica amargura: «(Retorno) Estoy en casa, Reina María, tumbado sobre el sofá. De nada me sirve esa maleta de regreso que hay en la puerta, ni el arrugado billete del tren en mi bolsillo... Nada pueden probar, porque bien sé que acabo de despertarme de un mal sueño. Mañana te escribiré contándotelo todo». Si el relato se inicia con lluvia («Está lloviendo desde esta mañana, sin cesar»), concluye asimismo con lluvia («Creo que está lloviendo de nuevo...»), elemento que se erige en símbolo de lo eternamente repetido, de círculo que encierra en sí al personaje, frustrando toda posibilidad de liberación.

En el discurso «reflexivo» del personaje éste entabla una trágica pugna con el lenguaje, considerándolo como instrumento incapaz de expresar todos los matices de vivencia amorosa. Para Rubén, como para el místico o el romántico, el lenguaje se muestra «insuficiente» («He estado llorando, porque hay tantas cosas, tantos matices, que yo querría decir de tu cara, y que no puedo, Reina María, porque son las mismas palabras (con su impotencia expresiva las que no me dejan)»). Tal vez todos los esbozos de cartas del personaje constituyan un intento desesperado de dar con la forma expresiva adecuada, siempre huidiza e inalcanzable.

En este juego de cartas, tan sólo una, aquélla con la que se abre el relato, pertenece al discurso de Reina María. Y, sin embargo, ante las consideraciones precedentes, cabe preguntarse si ésta no es sino una creación más de la entelequia ensoñadora del protagonista. Lo cierto es que esta epístola de Reina María, al contacto con las demás de Rubén, termina por desrealizarse, y adquirir un halo de sobrenaturalidad.

Rubén Castillo Gallego, en fin, nos ha ofrecido en *Reina María* un conmovedor e interesante espécimen de lo que sería una «novela sentimental» traspasada por el tamiz de nuestra sensibilidad moderna. Sus aquilatados valores estilísticos auguran una prometedora andadura narrativa a su autor que ya va viendo confirmada, lo que celebramos como administradores lectores de su obra.

DE QUE ÁRBOL
(Universidad de Murcia, 1991)
AURORA SAURA

SANTIAGO DELGADO

HACE cinco años, Aurora Saura surgía del mundo de los inéditos con una obra luminosa y madura. «Las horas», número 15 de la colección de poesía de la Editora Regional de Murcia. Ahora, en 1991, aparece su se-

gunda entrega, «De qué árbol», con el sello de la Universidad murciana, y haciendo el número 33 de su colección de creación literaria.

La lectura de este último libro recuerda, más decantada —y algo más amarga— la misma sensación de obra bien hecha, de temas rigurosamente elegidos, de redacción pulcra —en la línea clara que hoy es norma y que ella siguió siempre— y de sensibilidad poética de primer orden, que ya nos deparara la lectura de su primer poemario.

El núcleo poético del mensaje de Aurora Saura es de estirpe elegíaca. Sus cantos abundan en la negatividad como expresión («no podemos nombrar la primavera china, «no hemos llegado a ser reales...», «los signos que disperso sé que no los descifras...»). De ahí que aludamos al término amarga para definir, siquiera parcialmente, su nueva andadura. Pero es una amargura que no aboca en el escepticismo decadente y narcisista, tan al uso. Quizá debido a ello constituyen estos poemas una especie de crónica íntima del desencanto metafísico u ontológico que la autora capta, y experimente, en su peripección vital y cultural.

Pero, junto a este testimonio de la decepción del mundo, trasmutado en categoría estética, Aurora Saura sorprende y gratifica con un tipo de poemas que, tratando de revalorizar el término, denominaríamos como de naturaleza o raíz femenina, aunque en realidad, son, o debían ser, de estirpe puramente humana. Por supuesto, descartamos toda ñoñería en la semántica del vocablo, y también, naturalmente, cualquier contaminación machista. Entendemos por femenino ese hallazgo feliz de lo minúsculo o detallista: la aguja de coser sobre la mesa, los fármacos alineados en la estantería, el vaso de agua en la mesa del conferenciante, la sombra del árbol desconocido, y acaso oculto por tapia celadora... Y, asimismo, puede catalogarse dentro de este mismo concepto crítico, esa exquisitez estructural apreciable en la agrupación poemática del libro, donde puede percibirse la aquilatación que la autora ha tenido en cuenta a la hora de paginar y

secuenciar sus poemas. Un cuidado, sin duda amoroso, que habrá tenido también cuando seleccionara su obra del último lustro.

La poesía es una muy peculiar ayuda para ir descubriendo qué cosa sea el Ser, lo existente. El poeta es un privilegiado depositario del secreto de tamaño instrumento, a tan importante fin destinado. Pero ello sucede siempre que sea el poeta, verdadero poeta, y no lo sea simplemente por su voluntad versificadora, por su oficio exclusivamente, por un prurito diletantista... sino que el poeta sea poeta por su capacidad de análisis sensible y culto de las cosas del mundo. Aurora Saura revela mundo, descifra el Ser con su actitud de guardia poética permanente ante las cosas, ante los sucesos. Aurora Saura es poeta: incorpora el mundo, y nos lo describe o muestra, con belleza.

SI YO FUERA RÍO
(Agua, 1991. Cartagena)
EMMA EGEE



JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

HACE unos años, Emma Egea publicó su primer libro «Pasos», ahora, con «Si yo fuera río», nos hace su segunda entrega.

Tomar estas páginas en las manos, supone el encuentro con un libro que tiene rostro; desde la portada alguien nos mira, se trata de alguien que lo hace serenamente, en exacta correspondencia con el texto, mirada que acabará por ser muestra. Luego, el rostro, se multiplica en las ilustraciones de Eugenio y Melero, siempre atento, con sus grandes ojos abiertos.

Si yo fuera río, recupera una vieja metáfora, ya fosilizada, en la que, generación tras generación, hemos sido educados. Ahora, las aguas son otras, y porque se saben otras, quisieran ser aquel río, el de la vida, que se descubre lejos de la mar y pasa, lento o rápido, pero vivo. Paisaje que a su vez refle-